

es éste, y, lo que es más, fuera del pellejo de los ladinos...

Y con aquella nueva me vine de prisa a escribir estas impresiones antes que pasen de moda, pues, presentimientos aparte, me parece que la solución del actual enigma, sea la correcta, o no, no puede demorarse mucho.

Nota: He pedido al gerente que me cambie de cuarto, dándome uno interior, pues el que tengo da a la calle, y ya dejó de gustarme.

Hora: 21.00

A media tarde el gerente me llamó para que fuese a oír el mensaje que a esa hora el presidente daba por radio a su pueblo. Habló con voz serena y reposada, instando a todos a abandonar todo temor, por infundado, ya que es falso que los indígenas pretendan hacer daño a nadie; que así como éstos se muestran serenos, así ellos (los ladinos) debieran hacer lo mismo, pues él (el presidente) se afianza tanto en la manifiesta lealtad de las Fuerzas Armadas, leales a las instituciones democráticas y a la Constitución de la República, como en la adhesión de la mayoría de los guatemalenses, debiendo además saberse que la tranquilidad reina en todo el país. Agregaba que al terminarse de hacer el recuento del pasado escrutinio se dará a saber oficialmente el resultado del mismo, el cual será en un todo ceñido a la legalidad y a la justicia, pues que el gobierno está interesado en dar a César lo que es del César, sin inclinarse ni a un lado ni a otro, ni apelar a cobardes dilatorias, asegurando que el triunfo será adjudicado al hombre que el pueblo haya escogido libremente. Concluyó haciendo otro llamado a la cordura y buen juicio de todos, a fin de que se abstengan de seguir dando fe a malintencionados rumores que tienden a destruir la unidad de la nación que en esta hora de prueba es de vital importancia conservar, amena-

zando, por último, con castigar militarmente a los que propagen tales rumores.

Y fácilmente podía colegirse que en su mayor parte había hablado menos para los ladinos y más para los indios, que son los que en verdad temen un fallo injusto o adverso. Ahora sólo falta saber si ellos tienen también radiorreceptores... Aunque tal vez más les valiera no tenerlos, pues todas las emisoras, junto con los diarios, han iniciado una campaña de insultos y denuestos contra los indios, poniéndolos de oro y azul y amenazando bombardearlos, pudiéndose decir que han establecido tribuna libre para todo el que tenga algo que hablar contra ellos, bajo la consigna de: "¡No pasarán!"; ataques que, como siempre, alcanzan también al gobierno al que llaman débil, cobarde, incapaz, y otros epítetos semejantes, por no mostrar "mano dura".

Pronto tomé mi abrigo y me fuí a la calle a ver el efecto que hubiese producido en el pueblo aquellas palabras; pero, a ojos vista, en la ciudad nadie estaba para discursos, aunque viniesen del propio presidente, pues la agitación continuó en crescendo, con atirantamiento de los nervios como tripas de violín, y continuando incesante el ingreso de los ladinos en todo transporte disponible. Al lado de todo esto, han sido apostados guardias armados junto a los Bancos y los depósitos del Archivo Nacional.

Al atardecer, las avenidas empezaron a aquietarse, como cansadas de tanto esfuerzo, mermando el tráfico y decreciendo todos los ruidos. Los cines y demás espectáculos no funcionaron por falta de público, y muchas tiendas cerradas empezaron a lucir los avisos de: "Realizada ya".

Cayó la noche, y los anuncios y vitrinas de luces de la sexta avenida permanecieron apagados, como si ya todo tuviese color de hormiga, e insinuándose un silencio lúgubre, como en los duelos; un silencio más elocuente que todas las marchas fúnebres, aunque no se mirasen ataúdes. De todos modos, era un silencio impresionante. Pero al levantar los ojos ví un cielo tan cristalino, un cielo tan transparente, que era la viva conciencia de un jus-

to. "No, no es posible". me dije, "que con un cielo así pueda venir algo malo"...

El gran reloj de catedral dió ocho pesadas campanadas, que casi sonaron como dobles. Poco después ésta era una ciudad muerta, a dead town. Sólo las patrullas policíacas cortaban con el casco de sus caballos la angustiosa quietud de la noche. Todo parece que duerme, incluso los ladinos, aunque éstos han de dormir con un ojo abierto, como el que se siente entre la cruz y el agua bendita. ¿O velarán bien despiertos, mirando, como Argos, con todo el cuerpo?...

Y yo me vine a recoger también y a escribir esta página más, pero negándome a seguirme descalabazando, que la vida y la muerte no están en nuestras manos, prefiriendo ahora tomar la mejor de todas las medicinas del mundo: dormir, y con ambos ojos.

Nota: Por un verdadero azar, una de las ventanas de mi nuevo cuarto se abre sobre el ya famoso gallinero.

Diciembre 21

Jueves

Hora: 8.00

La noche pasó tranquila, y más aún el hotel, que ya amaneció casi vacío, haciendo que los criados, que hasta ayer resultaban escasos, salgan ahora sobrando. Porque después de mí, sólo queda el birmano como huésped, a quien hoy ví de lejos, callado y sonriendo como siempre. Me agradaría saber lo que piensa. ¿Quién sabe? A lo mejor, por su desconocimiento de los idiomas occidentales, no se ha hecho cargo todavía de la situación. ¿O pensará que los neutrales no tienen qué temer? Con lo que quizá tenga razón, pues yo tampoco creo que estos indios no puedan distinguir entre ladinos y extranjeros. Pero la sensación que da el vacío de este hotel es más bien

de pena, porque nadie puede sentirse contento en un caserón de muchos cuartos, lobbys, escaleras, comedores, salas, pasillos, azoteas, etc., todo desierto, como si una bomba gigantesca hubiese hecho un total vacío de hombres, aspirando hasta el polvo de sus zapatos; vacío que se hace más hondo al comparar los ruidos de antes con el silencio de hoy, aquel gran movimiento con esta gran quietud, sin haberse mudado uno de casa, ni siquiera de cama. A los bailes que anteriormente se sucedían, ha seguido sin transición un silencio triste, como suele quedar cualquiera casa después que los del entierro se han llevado al difunto. ¡Ojalá que aquí ya también se lo hubiesen llevado! Pero, ¿por qué he de estar pensando en muertos? ¿Quién se murió? Es verdad que el gerente (se llama don Felipe) ya no ríe como antes y las órdenes que dá a sus empleados son más secas que de ordinario, pero ni él ni nadie están llorando, lo cual debe interpretarse como que todos estamos vivos... todavía.

Mientras me desayunaba, pregunté al mesero si ya los indios los teníamos encima y eran los que mandaban. Yo me chanceaba, desde luego, pero él contestó muy en serio:

—¡Ni lo quiera Dios, señor! Todo, menos 'eso, ¡achis!...

Yo me reí, más comprendiendo que éstos se resistirían hasta el final a ser tributarios de un Estado indígena. No lo dijo, pero estoy seguro que éste también piensa que eso sería peor que morir. Ganas me dieron de decirle: "Pero que no son chapines también los otros? Y si lo son, ¿de qué te avergüenzas? ¿Te parece que ellos son menos que tú? ¿En qué son menos? Y si en algo, ¿quién tiene la culpa de esa diferencia?". ¡Qué de cosas raras hay aquí!

Hora: 14.30

En ninguna otra parte he visto una parálisis de actividades tan completa como ésta que veo ahora en Guatemala: sus calles están desiertas; pero no con la soledad

en que quedan algunos pequeños poblados de latinoamérica durante Semana Santa, en los cuales, pese a todo, siempre es dable hallar rinconcitos animados y llenos de entusiasmo y hasta de amores, donde se estrenan vestidos y zapatos nuevos, o al menos el sombrero y la camisa. Sino con profunda desolación y sensación de angustia; el silencio mismo de los cementerios en el momento que precede a la salida de los espíritus fantasmas, o al aparecimiento de Medusa, no obstante el zumbir incesante de los aviones que parece hacer más sórdido aquel silencio. Calles, en fin, tétricas y dolorosas, como pedazos de lágrima congelada, y que formaban con las esquinas nuevos signos de interrogación. Uno que otro carro ví pasar, por cierto que veloces, como posesos, siendo nulo el peligro de colisiones. De ellos, algunos pertenecían a la policía, pero los más eran buses que seguían trayendo huidizos de todas partes. Sin embargo, no todas las tiendas y almacenes están cerrados, pues muchas no han acabado de realizarlo todo, a pesar de lo barato que ofrecen su mercancía; que los parroquianos, escasos por demás, no quieren nada más que latas de conservas que, de la ceca a la meca, buscan en vano a cualquier precio. Y da lástima verlos caminar, o más bien correr, demudado el semblante y "la barba sobre el hombro"...

De una de esas tiendas, que era una sombrerería elegante de la avenida sexta, fuí llamado por su tendero — un chapín muy simpático— que deseaba regalarme uno fino de felpa, el último que le quedaba, "para evitar que se lo pusieran los indios". Le agradecí sinceramente su intención, pero le dije que los indios tendrán que ponérselo porque yo no uso sombrero.

Después visité la Casa de Comunicaciones y envié un mensaje a la Directiva de la Compañía en Nueva York, poniéndola al tanto de la situación de este país y preguntándole si ella está de acuerdo en que yo permanezca aquí hasta que todo se normalice. Creo entender ahora que tal mensaje no hacía falta. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Será que me sentí flaquear? Y esto no sería extraño, dado lo contagioso del miedo.

Acto continuo pasé otra vez por el Palacio del Congreso. El pueblo, aunque en cantidad menor, sigue allí ávido de conocer el resultado del recuento que, me dijeron, estaban ya por terminar. Pero en balde me quedé una hora larga: el fin no estaba tan próximo como decían; más pude enterarme de que los ricos están reemplazando ávidamente sus carros ordinarios por Helicarros, a fin de salir volando desde sus casas al sonar la hora; y si no son muy diestros en el manejo de ellos, confían en que la muerte, cayendo desde arriba, será menos sensible o dolorosa que la propiciada por aquellos de abajo.

Seguí después sobre la avenida hasta alcanzar la sexta calle, para llegar al mercado Central. Y ¡qué distinto aspecto tenía hoy! Era más un patio de manicomio que un mercado. De esto sólo tenía vestigios: aquí y allá, montones de bananos; algunos montones de rapaduras de dulce, y lonjas de carne en sus lugares respectivos, y, por todas partes, hojas y basuras. No habían ya las frutas que vi el otro día, ni sus flores maravillosas. Allí la gente, que era algo numerosa, se aparecía llevando canastas y bolsas que creyeron poder llenar y que tenían que salir casi todas tan livianas como llegaron. Pero, a cambio de nada, hablaban sin descanso, y hablaban de los indios, intercalando tan duras expresiones que habrían sonrojado a cualquier hombre. Y tan nerviosas estaban que ya ni miraban lo que hacían; y se les veía regresar por algo que habían olvidado comprar; luego, por la canasta que habían dejado olvidada, y hasta volvían por tercera vez a llevar el vuelto. Habían algunas que de pronto estallaban en sollozos, y no podían parar de llorar. Y a otra sorprendí riendo, y tampoco podía dejar de reír. A la hora de partir, algunas entre las jóvenes tenían miedo irse solas, y esperaban hasta juntarse muchas y formar un grupo, y ya en la calle cada una corría por su cuenta, como si fuera sola.

Cansado de tal atmósfera, opté por salirme; y muy a tiempo lo hice, pues apenas había alcanzado la puerta, se oyó un ruido semejante a disparo de rifle, y, seguidamente, alguien gritó adentro: "Los indios". Y no hay palabras para describir la espantosa confusión que

allí se hizo al abalanzarse todos a las puertas en pavorosa fuga y pretendiendo salir todos a un tiempo, como asustado rebaño de bisontes, con tal pánico que pasaban unos sobre otros y sin parar mientes en las voces de auxilio, de protestas y de lamentos que brotaban de ellos mismos. Algunos policías corrían de aquí para allá tratando de entrar hasta por los tragaluces, para averiguar qué pasaba dentro, y todo era como un desbordamiento de locura. Desde la acera de enfrente miraba salir en tropel a esa pobre gente, hecha girones la ropa y hasta sangrando sus cuerpos, haciéndome ver la suerte que me habría tocado si el ruido se hubiera adelantado un minuto. Para colmo de horrores, y dando nuestras de sobrada actividad, acudió también el cuerpo de bomberos, y, tomando las chimeneas humeantes de las cocinas por principio de incendio, soltó de pronto un torrente de agua sobre el edificio, bañando a los que no habían acabado de salir y aumentando la confusión que ya sus sirenas habían llevado más allá del máximo.

A medida que iban saliendo —y nunca me imaginé que hubiese tanta gente allí— se daban cuenta de dos cosas: primero, que no habían tales indios, y segundo, que estaban sin sus hijos las madres que llegaron con ellos, o éstos sin sus madres; y pronto las calles se fueron llenando de gritos y clamores desgarrantes que se agregaban a los ayes y quejidos de los lesionados en forma aterradora. Los últimos, que eran los más graves, fueron con dificultad sacados por los camilleros, pues las madres ahora insistían en volver a entrar para buscar y reconocer a los suyos, estorbando la misión de aquéllos. Y cuando al fin se hizo la calma, se descubrió que lo que había parecido disparo de arma había sido no más que la explosión del tubo de escape de un automóvil.

En otras circunstancias, esto me habría inducido a meditar para llegar quizá a la conclusión de admitir la exagerada habilidad humana; pero el momento que hoy se vive es ciclónico, sin dejar tiempo para la reflexión; y yo mismo me siento como girando en las aspas de un molino, y todos convertidos en entes automáticos que reaccionamos con violencia al más mínimo contacto, como simples

máquinas de Nóbel. Y esto de verme llevado por fuerza extraña ya hacia arriba, ya hacia abajo, sabiéndome a la vez libre de dejarlo cuando quiera, más me sabe a agri-dulce. Y me dejó llevar dócilmente, pero con los ojos bien abiertos...

Profundamente impresionado, volví sobre mis pasos en dirección al poniente, o sea hasta al Palacio Nacional; pero al cruzar frente a la Catedral metropolitana sentí deseos de entrar a conocer dicha iglesia, pues todos estos templos coloniales hablan siempre del espíritu de aquella raza de conquistadores que no se arredraban ante lo desconocido, confiados en su fe y en su espada, o sea escudados contra ambos males: los que acechan al cuerpo y al alma; aunque tales armas, si la historia no miente, no eran ni las empleaban para su defensa, sino para agredir en sus fieras luchas de conquista, de modo que el lema no era: "vencer o morir", sino: "convencer o matar". De este espíritu nos hablan esos templos, en su romance original, y con el mismo acento y entusiasmo de entonces, porque para ellos el tiempo no corre, ni cuenta, viviendo siempre en el primer día y en la primera hora de su existencia.

Con tales pensamientos, crucé su umbral, y, con paso encimado, me dirigí hacia el altar mayor, en donde debía estar el corazón del arquitecto, para percibir sus latidos. Pero este intento fué pospuesto, y luego olvidado, al ser atraída mi atención por tantos fieles que allí vi como no esperaba encontrar a esa hora. Jóvenes y ancianos, ricos y pobres llenaban todo el recinto puestos de hinojos, ya repasando las cuentas de sus rosarios o musitando plegarias con los brazos en cruz.

El viento se arremolinaba en el crucero, y era como un largo gemido que abatía el formidable susurrar de oraciones. Ya a estas últimas solían injertar, acompasadas con golpes de pecho, palabras originales apropiadas al momento de ahora, que en una de aquellas señoras sonaban de esta suerte:

"¡Padre Eterno, no permitas que los indios invadan la ciudad y conquisten nuestros hogares! ¡No los dejes pasar! ¡Detenlos fuera de la ciudad, Padre mío, y desar-

ma sus mentes y sus perversos cerebros, para que no profanen vuestro templo y nuestra dignidad! ¡Confúndelos Señor! Yo te prometo mejorarles el salario a los mozos de mi finca, y hasta poner un médico para que los cure. Pero ¡líbranos de ellos, Señor! ¡Por la Santísima llaga de tu costado derecho!; ¡no los dejes pasar!...”

Y por doquiera se oía decir como en letanía, cuando el viento se acallaba:

“En el nombre del Padre, y en el nombre del Hijo, y en el nombre del Espíritu Santo. ¡De los indios líbranos, Señor!...”

Es verdad que el templo es de estilo antiguo, pero no creo que date del siglo IV al cual creí haber retrocedido al escuchar aquellos rezos, pues me imaginaba que las matronas romanas orarían así cuando los bárbaros de Alarico estaban a las puertas de Roma...

Y sobre el barullo de los rezos percibí las campanadas de un reloj que sonó de pronto encima de mi cabeza, desde una de las pilas tras de la nave mayor, dando la hora; me volví a mirarlo, y debajo leí las clásicas palabras: “Ultima forsan”. Parecían haber sido escritas para esta ocasión: “Acaso sea la última”, la última hora de la clase dominante, la habituada a escribir ella sola la historia del país y ahora deseosa de no perder el hábito y hasta de invertir la otra locución igualmente bien conocida: “Todas hieren, la última mata”, para decir: “Todas hieren, la última salva”, pero que si no va a salvar que nunca llegue... Mas las horas seguirán pasando como hasta aquí, ciegamente, inexorable e implacablemente, porque el tiempo no tiene oídos para escuchar ruegos, ni corazón para sentir piedad.

Y las plegarias continuaban:

“...y en el nombre del Espíritu Santo, ¡de los indios líbranos Señor!...”

Algunas no se daban cuenta que lloraban, y dejaban libremente resbalar las lágrimas por sus mejillas, o cantaban con sollozante voz:

“Corazón Santo, Tú reinarás,
Tú nuestro encanto siempre seras...”

En las lámparas de aceite las llamas oscilaban en silencio, como cuerpos moribundos, y el viento ululaba en el ábside. De súbito sacudió al templo un estremecimiento de horror, al oírse unos gritos extraños, explosivos y agudos como cuchillos. Y la señora joven que así gritaba había arremetido contra su vecina más próxima, y en los cinco primeros segundos le desgarró el traje y le arañó toda la cara, forcejeando después con los hombres que trataban de dominarla, mientras seguía gritando y diciendo:

“...¡No! ¡No! ¡Ay! Me quieren matar... ¡Los indios! ¡Déjenme! ¡Ay! ¡No! ¡Los indios! ¡Los indios! ¡Los indios!...”

Y entre varios se la llevaron.

Enojosamente impresionado salí de la iglesia, pensando, además, que las ladinas habían empezado a poner en práctica su deseo de escapar de cualquier modo a la temida dominación indígena, que “sería peor que morir”.

Apenas había salido cuando tropecé con uno de aquellos carros que llevan parlantes, exhortando a todos a la paz:

“...no hay que temer nada. Ya pronto los inditos vendrán como antes, a vendernos sus productos, y las inditas a barrernos nuestras casas, con su amistad de siempre. Esperémoslos con los brazos abiertos, porque ya vendrán como amigos, como siempre...”

Y sin dejar de hablar se alejó.

Pero era mi intención principal observar de cerca o tratar de oír lo que se dijera o comentara en el Palacio Nacional. Y pronto me encontré puertas adentro.

De lo primero que me enteré fué que aquí hierve una actividad febril de 2.000 grados centígrados. A esta misma temperatura entran y salen los correos apresuradamente, en medio de un continuo y agitado sonar de teléfonos; y la vieja guardia del Palacio, que parece que estaba compuesta de los mismos elementos que el Ejército, fué substituida por un respetable pelotón de caballeros cadetes, como son llamados, y que dan la impresión de ser los únicos que se sienten seguros y confiados. También pude informarme que el presidente y sus ministros se hallan reunidos desde temprano en consejo permanente;

pero no se sabe si han adoptado ya alguna medida para conjurar la crisis actual antes que los ladinos acaben mordeándose ellos mismos. Me temo que no, con todo y que están tomando las cosas tan en serio. Sin embargo, y haciendo caso omiso de lo que pueda dar el recuento de votos, para mí el problema no tiene más que dos fases: a).—hay realmente peligro o no; y si hay, b).—es remediable o no; y obrar en consecuencia, dictando las disposiciones apropiadas, o, en último caso, decirsenos: “Váyansen del país y sálvense”. Pero me doy cuenta que estoy cometiendo el divertido error de los parlanchines: “Si yo fuera presidente haría esto y esto”... Lo de lamentar fué que no hallé a nadie dispuesto a contestar la menor pregunta de un extraño, pues debido a la amenaza del castigo militar para los que propaguen rumores, nadie quiere hablar, excepto entre sus propios conocidos, pero que al aproximarse uno bajan la voz o se callan.

Tal fracaso me convenció de que la verdad debía descubrirla con mis propios ojos y en el único lugar posible, la “línea del frente”; y saliendo del palacio busqué un taxi que me llevara a alguna parte de los alrededores; pero en los sitios donde éstos solían parquear en espera de clientes, no encontré más que centenares de tiendas de campaña que el gobierno ha puesto a disposición de los “desplazados” o refugiados, los que allí pululan como hormigas. “¿A dónde habrían ido los taxis?”, me pregunté con tanta más pena cuanto que no se ven autobuses por ningún lado. ¿Debía, pues, renunciar a mi deseo de ir al “frente”? Esto último parecía inevitable, cuando he aquí que se presentó una serie de camionetas o autobuses que venían a dejar a otros cientos de refugiados. Había olvidado que éstos están ahora ocupados en transportar desde la ronda a los ladinos que llegan de otros pueblos, dejándolos en la plaza de Armas, y volviendo ya vacíos a traer más. Subí entonces a uno de éstos, previo obsequio de un Quetzal al conductor para que me admitiera, pues como tienen que venir llenos, está prohibido llevar gente que al regreso deberán reducir la limitada capacidad de dichas camionetas—salvo que se trate de pasajeros que van a tomar avión en el aeropuerto—, viéndome poco después a través del

Guarda Viejo, allí donde pocos días antes había escapado de perder la vida, pero que ahora podía decirse que estaba sosegado y tranquilo, hasta parar al fin en el principio de la carretera a Occidente. Y nuevamente volví a contemplar, con apariencia de duendecillos rojos o como gnomos cuidando sus tesoros, a los indios que permanecen a la misma distancia y en los mismos sitios que antes, como si hubiesen echado raíces. Parecía que ellos, con su paciencia puesta a prueba en el decurso del tiempo, trataban de divertirse con la impaciencia no menos bien conocida de los ladinos. Pero ¿será solamente eso? ¿O será que están esperando el momento oportuno, es decir, cuando éstos estén del todo neuróticos o locos del todo, para vencerlos como el gato vence al ratón? Pues, y al paso como van las cosas, creo que tal momento está ya próximo. ¿Qué pasará después?... Este debe ser el peligro verdadero, y que lejos de hacerme correr, como está haciendo correr a tantos, me retiene, como fascinado. Pero si me quedo es atento y vigilante, ojo avizor, listo a salir si la cosa empeora.

Entre la inevitable y densa nube de polvo se presentó poco después otro gran convoy de transportes, pudiendo entonces explicarme la razón de la ausencia de los taxis al verlos allí ocupados en esta labor de acarreo. De tales convoyes salían luego, pálidos y mudos, los ladinos, los que traían consigo sus pertenencias que juzgaron más imprescindibles: ropa y dinero, gallinas y pavos, y sus inseparables cuitas, para transbordar a los buses. Y apenas verlos tan pálidos y afligidos, deseosos de poseer dos caras, como Jano, para mirar el camino por donde iban sin tener necesidad de quitar los ojos de aquellos puntitos de colores, como gotas de pintura derramadas sobre la grama, y que parecen iluminar al mismo horizonte. Y, para no tener que venirme a pie, regresé entonces junto con ellos, en un silencio tan grande que podía creerse que el bus iba vacío, aunque no en lo tocante a olores, que el sudor les daba naturaleza de chivos, zorrillos y otras hierbas, de lo cual el bus ya casi reventaba.

A la hora del lunch llegué al hotel, y al bajar al comedor me sorprendió agradablemente ver al señor Raséin

que me estaba esperando para comer conmigo, sentado en mi misma mesa, aunque más bien parecía que a quien esperaba era al fotógrafo dada la tiesa postura que conservaba.

Me saludó sin mover los labios, y con tan profunda seriedad, insólita en él, que empecé a inquietarme, quedándome a la expectativa. Pero no fué sino hasta que hubimos tomado la sopa que me preguntó en su chapurreado inglés:

—Ciudad triste... hotel triste... ¿Qué haber?

Le expliqué como mejor pude todo lo que ocurría, repitiéndoselo de varios modos y lo más claramente posible, aunque evitando los comentarios, no tanto por la dificultad que había en darme a entender como por mi deseo de no darle ninguna impresión que pudiera conducirlo a una conclusión equivocada. Quería, pues, que él decidiera su próximo paso de motu propio; mas quedándose, no obstante, al final, sin saber si me había entendido o no, ya que jamás movió un solo músculo de la cara, con excepción de los maseteros. Para salir de dudas, le pregunté entonces qué pensaba hacer; pero no fué hasta la hora del postre que me respondió, con más señas que palabras, que si yo me quedaba, él se quedaba también. Y reapareció la sonrisa en su expresión.

Hora: 18.30

¡Bueno! Parece que ya todo pasó y volvió la paz y el optimismo a todos. Al principio no quería creerlo, como asimismo nos resistimos a aceptar malas noticias cuando estamos bien, en obediencia quizá a la ley universal de evitar los cambios bruscos, a más de la natural inercia cerebral que tiende a retenernos en nuestro último estado de ánimo para hacernos decir: "Mas vale malo conocido que bueno por conocer", y en lo cual tienen origen las costumbres y su amparo las tradiciones. Sólo que aquí los hombres, que son los que se hacen su propias leyes y su propio género de vida, se hacen pasar más que bruscamente

de un estado a otro y de continuo, hasta que se rompen el propio equilibrio y se destruyen mental y hasta físicamente.

Dicho cambio ocurrió alrededor de las 15 horas, que fué cuando empecé a oír ciertos ecos apagados como de tempestad lejana, y que poco a poco vinieron después acercándose, es decir, ensanchándose, hasta expresar con claridad su verdadero carácter: eran los ruidos de la ciudad que se escucharon siempre, su fragor normal con su ritmo apresurado y sordo eco de voces de todos los días, que habían vuelto a nacer. Al momento me dispuse a salir, pero me detuvo el pensamiento de que pudieran ser los indios los que al fin hubiesen entrado sepa Dios con qué intenciones. Sin embargo, ningún disparo se había oído, y la policía por estar formada de ladinos, difícilmente se habría rendido sin luchar. Sentí ahora la falta del cuarto a la calle, pues que en aquél, para indagarme, me habría bastado con separar las cortinas de la ventana. Pero siendo otro el caso, y el cuarto, me vi obligado a llegar hasta la oficina de la gerencia a preguntar qué sucedía, pero no encontré a nadie allí ni en ninguna otra parte, como si todos se hubiesen ido a esconder. Significaba, pues, que esto de hoy debía también investigarlo yo mismo si quería saber la verdad; y, despacio y receloso, abrí la puerta de salida y me asomé. Y al punto perdí toda desconfianza, pues los que pasaban eran sólo ladinos, mostrando por cierto una cara nueva, distinta a la usual; una cara alegre y sonriente como si se hubiesen sacado el gordo de la lotería, pero de la lotería grande. Pero ¿qué pasaba? Comprendí que parado allí en la puerta no lo sabría nunca, y me eché a caminar entre ellos, y, dado el espíritu feliz que los alentaba ahora, no fué nada difícil averiguar la causa de aquel transporte.

Sucedió que el Congreso de la República proclamó a Miguel Xirúm Ij presidente constitucional del país por mayoría absoluta de votos, provocando el optimismo que hoy presentaba el pueblo ladino, sin que esto quisiera decir que ya simpaticen con los indios, pues, si no he entendido mal, lo han hecho así porque esperan que los naturales vendrán a confiar en que recibirán el mando de aquí

a tres meses y que depondrán su actitud amenazante actual para aguardar en paz el plazo legal. Y gran parte de esta gente se dirigía a puestos estratégicos desde donde pudieran ver la entrada pacífica de los indios. Los demás iban a sus trabajos habituales —y pasatiempos también habituales— en oficinas, tiendas y clubes, demostrando que la ciudad había salido de su letargo, que no por pasajero había sido menos profundo, y despertaba como en un Sábado de Gloria. Y la alegría general hace que los transeúntes saluden hasta a los que no conocen, en un verdadero exabrupto, saludos que a mí también me alcanzaron y que me sorprendió tanto más cuanto que sé que aquí es costumbre de “nobles” y “plebeyos” no contestar ni siquiera el saludo de un desconocido. Pero esta vez hacían excepción bajo el glorioso influjo del Gloria in excelsis Deo.

El tráfico motorizado, por supuesto que sigue escaso, lo cual paradójicamente redundaba en beneficio, pues así el exceso de población que hoy tiene la capital puede sin ningún riesgo caminar en plena calle. Y algunos tenderos empiezan a arrepentirse de haber llevado a cabo aquellas realizaciones que ahora juzgan que fueron precipitadas. Pero qué, ¿acaso esa pérdida no es compensada por la euforia que da la seguridad de que el “viejo orden” continuará siempre?...

En el Palacio Nacional la actividad y, con ella, la temperatura, han descendido a un nivel tolerable, habiéndose disuelto el consejo de ministros, aunque temporalmente, listos a volverse a reunir en caso dado. Y con sus ventanas y puertas abiertas, daba la impresión de estarse riendo todo el palacio a carcajadas. Por el contrario, esta actividad seguía excesiva tanto en las iglesias, en donde ya comenzaron a darle su agradecimiento a la patrona del país, la Virgen del Rosario, por las mercedes que ya ven venir, como en el perímetro de las tiendas de campaña, cuyos asilados se preparan a volver a sus hogares, a pesar de que siguen viniendo los buses con nuevos refugiados que ignoran aún la resolución del Congreso, sólo que ahora estos buses ya no regresan vacíos sino llenos de curiosos que acuden a las garitas para ser los primeros en presenciar la entrada de aquéllos. Ni que decir que me agre-

gué a éstos, subiendo a uno de esos buses que en tal momento partía, y escuchando los comentarios que brotaron desde el principio:

—Lo que yo quiero ver —decía una señora a su marido— es la cara que pondrán los indios al volver, pues creo que deben venir apenados y cabizbajos, pidiéndonos hasta disculpas. ¿No crees tú?

—¡Quién sabe! —contestó el interpelado—. Mas me parece que entrarán alegres y contentos por haber triunfado su causa. Se creerán ya en el gobierno.

Ambos se echaron a reír.

—¡Cómo ciega la ambición! —observó ella.

—No hay nada peor —dijo él—; y todo ambicioso se convierte en una de dos cosas: en engañador o en engañado. —Y sonriendo me quedé mirando, como quien ha dicho una gran cosa y deseando a la vez hacerme participar de su conversación. (Ya dije que ahora, extraordinariamente, todos se conducen amistosos, excepcionalmente amistosos). Yo no me quise dar por enterado, puesto que en una amistad así no se puede fiar.

Le tocó el turno a la señora para decir:

—Exactamente: o resulta engañador o engañado. ¡Para que aprendan a ser ambiciosos! ¿Qué valía que siguieran siendo lo que han sido? ¿Por qué han deseado tocar al santo con las manos sucias? Pues ahora tendrán su merecido, por igualados...

Una señorita que acababa de subir se había quedado de pie por falta de asiento, y al ofrecerle el mío, cambié de lugar, dejando de oír a aquella pareja. Poco después bajábamos en la Villa de Guadalupe, la que tenía aspecto de feria por la gran afluencia de gente.

Pero los indios seguían tan lejos como antes, como si en verdad no tuviesen aparatos receptores de radio. Sin embargo, los ladinos que me rodeaban pretendían tener mejores ojos que nadie, y entre ellos discutían de esta guisa:

—¡Ya vienen, muchá! —decía uno—. ¡Ya vienen! ¿Los miran ustedes?

—No vos —le contesta otro—. Los que veo venir son sólo unos grupitos no más.

—Grupitos no —terció una señora de edad, pero vestida como jovencita—. Es toda el ala derecha la que se ha adelantado. ¿Verdá, Juan?

—A mí me parece que son los de la izquierda vos. ¡Mirá! ¡Mirá!

—¿Sabe qué? —propuso otro—. Debiéramos recibirlos a tiros para que no vuelvan a asustarnos...

El platillo del sol fué bajando arrebolado por el poniente en la balanza de la eternidad, y el otro de las estrellas vino subiendo con igual lentitud por el lado opuesto. Y todo hace creer que mañana será otro día.

Regresé al hotel y cené solo, pensando que, si la cosa es como la pintan, se va llegando el momento de ir a empezar mis demorados trabajos, aunque no podrá ser antes que los indios hayan vuelto a sus labores de costumbre. Y pensé entonces en Miguel Xirúm Ij, el soñador que alienta hoy las mejores esperanzas, pero cuyos sueños presidenciales no tendrán otro despertar que el del desengaño. ¡Pobre Reformador, grande como tal, pero muy pequeño para ser presidente! Tendrá que resignarse a pasar sin esto, y muy a pesar mío, pues me habría gustado presenciar su ascenso desde la servidumbre al poderío.

Pero otra vez me he dejado sugestionar, toda vez que Xirúm cuenta todavía con los indios armados del Ejército. ¿Se dejarán éstos desarmar sin oponer resistencia? Casi no lo creo. Y sería conveniente, y hasta prudente, conocer la fecha en que los irán a desarmar. ¿Quién podrá decírmelo? Casi estoy seguro de que lo sabe la señora Rubio. Pues iré a verla, pudiendo de paso despedirme de ella como se lo hube prometido.

Hora: 22.35.

Después de haber visto a doña María, me he convencido de que puedo confiar en la pronta iniciación de mis labores. Saldré pasado mañana. Mañana mismo pediré a la Directiva que me manden sin más demora al resto de mi personal. Lástima que me iré sin haber conocido al Refor-

mador; pero si el Xirúm de carne y hueso iba a ser distinto al que me he estado imaginando, vale más que no lo conozca. Y de veras que de esto me olvidé hablarle a la señora... Llamé a su puerta poco después de las 20 horas, y ella misma, por no tener sirvienta, me fué a abrir, conduciéndome a la sala.

No sé por qué me pareció que ya hacía tiempo, pero mucho tiempo, que había estado la última vez sentado en esta misma sala y frente a ese mismo reloj que seguía en su eterno juego de manos, cuando comentamos la concentración, que entonces empezaba, de los indios extramuros. Apenas hacía cuatro días, y, sin embargo, ¡qué lejano parecía ya! Comprendí al momento lo fácil que es envejecer para cualquier mortal: no hace falta más que dar a ese tiempo imaginario existencia real, con lo cual podemos, de un día a otro, agregarnos tantos años más...

Ella inició el tema, sonriendo:

—Pensé que se olvidaría de cumplir su promesa, y que se iría a Poptúm sin despedirse.

—Permítame que le proteste —le dije también riendo—. Si le cumplo a los hombres, con mayor razón a las damas.

—Pues dispéñeme. Es que estos días fueron tan trágicos que cualquiera olvida cualquier cosa. ¿No tuvo usted miedo?

—No. ¿Había algo que temer?

Ambos nos reímos, y ella repuso:

—Si nosotros, que somos de aquí, queríamos salir corriendo... A Dios gracias que ya va pasando todo.

—Exactamente —la dije, chanceándome—, y al felicitarla a usted felicito a todos los ladinos por haber recuperado la tranquilidad que habían perdido, siquiera sea mientras los indios reciben el poder.

—Se le agradece —contestó—, pero esta tranquilidad a que alude será definitiva y no temporal. Si hubo quien eligiera al indio, no habrá en cambio quien lo corone.

Y se echó a reír.

—Yo bromeaba —le aclaré—. Todos sabemos que nunca les entregarían el poder.

—En ningún caso. Figúrese que la fuente de casi todos los capitales ladinos y de muchos otros ha sido la explotación de esos andrajosos, cuando éstos se dejaban todavía explotar...

—En la Edad de Oro —le dije, interrumpiéndola.

—No interesan los nombres —dijo ella evasiva. Y continuó—: Ahora, si los indios llegasen a dominar, de seguro que tomarían terrible desquite, convirtiendo a los ladinos en algo peor de lo que ellos fueron. ¿Se fija? Por eso fué que le dije que sería preferible morir a sobrevivir a un infortunio tal.

—Comprendo; y habría llegado para ustedes el “sálvese el que pueda”.

—Y para usted también, ingeniero, que, como ya le dije, para ellos es ladino todo el que no se viste de su ridícula manera, así como no distinguen entre lo permitido y lo prohibido, entre crimen y virtud, entre sentimientos y pasiones.

—¿Significa, entonces, que yo también debo compartir vuestra alegría?

—Seguro, aunque tal vez, por ser de un país más civilizado, no comprenda muy bien nuestro punto de vista.

—Para ser sincero, no sé qué decirle. A veces he creído que ya comprendo a la gente, que ya sé lo que quieren y para dónde van; pero luego dudo y vacilo, y no sé que creer más...

—¿Qué es lo que duda?

—¡Si lo supiera...! Sólo sé que dudo. Y dudas tan hondas que deben seguir siendo investigadas por mí mismo...

—No me gustaba mucho tratar de esto con ella, y por eso agregué, tanto para desviar la conversación como para llegar al tema que deseaba—: Pero hemos convenido en que la paz ha retornado al país, ¿en qué quedó entonces lo del desarme del Ejército?

Ella tuvo un sobresalto, y exclamó:

—¡Señor Johnson! ¿Pero usted sabía hasta eso? ¡Cómo es posible!... Es verdad —siguió diciendo— que para tranquilizar a algunas personas que ya querían hasta perder el juicio, hubo que decir algunas cosas que eran hasta secretos de Estado; pero esto se hizo sigilosamente, en la

confianza de que ellos serían discretos, amén de que los indios no podrían enterarse por haberse aislado ellos solitos. Sin embargo, esto del desarme sigue siendo secreto para la mayor parte, es decir, para casi todo el mundo. ¿Sería indiscreción mía si le pregunto cómo pudo usted saberlo?

—De ninguna manera. Fué un diputado, cuyo nombre no se me quedó, quien me hizo ayer esa confidencia, tal vez tomando en cuenta mi condición neutral de extranjero.

—Eso tal vez no —corrigió—. Mas posible es que haya creído que por ser usted “blanco” haría causa común con nosotros, pues en aquel rato no se admitían neutrales, sino que se pensaba que el que no estaba con uno estaba contra uno. De todos modos, me toca a mí ahora felicitarlo por haber venido a compartir tan precioso secreto con algunos de nosotros.

Vi que no me había equivocado: ella sabía bien lo del desarme. Pero ahora debía tener mucho cuidado para sacarle el resto de ese secreto sin que se diera cuenta que estaba faltando a su propia discreción. Y le dije:

—Gracias, señora. Y a fe que es para mí un honor considerarme entre los privilegiados, aunque diría que usted olvidó la parte más importante del secreto.

—¿Cuál?

—No sé si hago mal en decírselo, pero se lo voy a decir: ¿Sabe usted a qué horas es que van a desarmarlos?

Di a la pregunta una entonación como de reto, apelando al amor propio cada vez más sensible entre la gente. Y cayó en el lazo.

—Antes de las ocho —dijo sonriendo, aunque con un débil fruncimiento de cejas.

—¿Es, pues, mañana? —La pregunta había brotado de súbito.

—Sí. ¿Qué no lo sabía?

La vi de nuevo sobresaltada, apenada y preocupada por lo que había hecho. Yo le contesté, recobrando felizmente la naturalidad que casi perdí al haber sabido que aquello iba a ser tan temprano:

—Sí lo sabía, pero temo que era yo quien lo había olvidado. Ahora procuraré llegar allí a tiempo con mi cámara, pues ese acontecimiento no me lo pierdo: es nada menos que la limadura de los dientes del tigre o el epílogo del drama.

Pero ella dijo:

—Siento que se va a quedar con las ganas, pues el acto será absolutamente privado. Como usted comprende, el gobierno necesita tomar sus precauciones.

—¿Sí? ¿No habrá, pues modo de poderlo ver?

—No. Deberá conformarse con lo que ya sabe.

—Pues lo lamento, porque ésta iba a ser la foto más preciada de cuantas he tomado. Pero bien, creo que ahora podremos fijar fecha definitiva par mi viaje, y hasta me parece que el próximo sábado es un buen día. ¿Qué opina usted?

—Está bueno el sábado. —Y sonrió para añadir—: Aunque, pasada esa “limadura” que usted dijo, todos los días volverán a ser iguales, pues el tigre, al menos por la piel, volverá a ser oveja.

Celebramos tan chistosa salida, y después de otros comentarios de igual sabor, le dije:

—Confieso que el pueblo de aquí me ha costado más que ningún otro conocer, lo cual me apena tanto más cuanto que es con él que directamente trataré en mis trabajos.

—¿Se refiere a los indios? —preguntó—. Ciertamente, al indio nuestro nunca se le acaba de conocer, es decir, siempre resultan desconcertantes, no importa el tiempo que se tome uno en observarlos. Como le dije el primer día, son realmente tenebrosos, con todos los vicios de que un hombre es capaz. Y ¿quién puede llegar a conocer a un hombre de estas condiciones? Si ni serán hombres: infra-hombres...

Yo no pensaba así. Yo pensaba de modo distinto pero no había llegado para discutir con ella ni para decirle que aunque he observado a los indios detenidamente, los he visto siempre tan tímidos y callados que ni para decirle que aunque he observado a los indios detenidamente, los he visto siempre tantímidos y callados que

ni paulan ni maulan, despertando apenas lástima, como dijo el presidente. Ella podría redargüirme que igualmente tímidas y calladas son las serpientes; pero éstas, yo le replicaría, muerden sólo cuando las machucan. E ignoro adónde habría ido a parar todo esto. Era innegable que para argumentarle debidamente debía ser yo el primero en estar convencido de mis propios argumentos. Y traté de cambiar de asunto preguntándole qué aspecto tiene la ciudad de Poptúm adonde yo debía marchar luego.

—Yó no la conozco —me respondió—, pero sé que es una ciudad moderna y floreciente, con más de 40.000 habitantes y capital del departamento de Tecún Umán, fundada por aquel presidente humanista que le conté. A Poptún la llaman los turistas Manoa, o sea El Dorado, a causa de sus riquezas y maravillosos encantos que ofrece tanto la ciudad misma como sus alrededores que son ocupados por poéticos parques naturales, por fértiles bosques y praderas eternamente en flor, dedicados algunos de aquellos a la caza. Y no muy distante de estos parques yace la restaurada ciudad Maya de Tikal, con sus bellos palacios rodeados de jardines y grandes pirámides gradadas. Todo eso, y más, conocerá usted cuando viva allí.

—Pero ¿no es ese un lugar muy apartado?

—Nada de eso. Hay dos magníficas carreteras por las cuales puede llegarse en cuatro horas, pasando una de ellas, la fluvio-terrestre, por la refinería nacional de petróleo, por cierto recién inaugurada. Sin contar con las líneas aéreas de las que una, la más nueva, es internacional y la pone en relación con los Estados de la península de Yucatán.

—Pues yo estaba equivocado. Creí que era un lugar muy remoto.

—Antes sí lo era, cuando los gobiernos eran solamente explotadores de la nación. Pero no ahora. Y tal como está le va a gustar mucho. Pero tenga el cuidado de venirse al acercarse la fecha del 15 de marzo que es cuando los indios esperan recibir el mando, y que al hacerseles humo de paja seguramente no van a querer quedarse tan callados...

—Ya lo creo. No van a quedarse muy contentos.

—Recibirán su merecido...

Charlamos un poco más, con el interés que inspira una interlocutora inteligente, despidiéndome después por sentirme cansado por las emociones del día, aunque más se debía mi cansancio al hecho de no haber podido dormir hoy mi siesta de costumbre que me vi obligado a posponer ;pues a estas emociones me había habituado tanto que ahora lamentaba que hubiesen pasado tan pronto y en su lugar retornado la monotonía de los días normales. Normalidad que me causaba cierta decepción y hasta un vacío enojoso, como el que se siente por la pérdida de algo querido. Pero es que el temor o el peligro atrae como la luz a los insectos, y, ¿qué cosa más peligrosa que una ciudad convertida en manicomio? Miles de locos moviéndose libremente tiene que ser un espectáculo más que atractivo, siempre, desde luego, que uno esté sobre aviso y mantenga las distancias con los más guasones de aquellos que quieren tomar la cabeza de uno por bola de beisbol... Y esto para que se siga diciendo que el placer o la felicidad es siempre de tiempo pasado o futuro, nunca actual, para vivirse de la esperanza o del recuerdo, nomás. ¡Miserables criaturas de Dios, que así desperdiciamos el presente!... Menos mal que aún tengo por delante las emociones que me concederá Poptún, y que me cuidaré de no desperdiciar.

Diciembre 22.

Viernes.

Hora: 7.15.

Parece que el retorno a la normalidad es completo, pues ya hasta el hotel presenta su aspecto de los buenos tiempos al haberme desayunado hoy en compañía de otros muchos huéspedes que vinieron en los últimos aviones —y es de admirar la propaganda turística nacional—, y atendidos por un buen número de sirvientes, aunque la alimentación sigue siendo a base de conservas. Sólo falta

han vuelto ya o están volviendo a sus trabajos con sus cargas olorosas a huertos. Realmente,, me parece que hace ya siglos que no los veo con su pasito de trote y el cuerpo echado hacia adelante, serios y callados como sombras y llenos de colores como la luz.

Hora: 13.00.

¡Caramba! ¡Al diablo con los malos profetas! Que las emociones han vuelto y de verdad, dejando tamañitas a todas las habidas y por haber: ¡cómo que tenemos a los indios en el poder! Parece un sueño, pero es la purísima realidad. ¿Nos quedará todavía valor para seguir con pretensiones de adivinos, vaticinando contra la razón? “Los buenos pronósticos son siempre consecuencia de los buenos diagnósticos”, dicen los médicos. ¿Cómo, ignorando los síntomas o negándolos, podremos diagnosticar y pronosticar bien? Pero, como niños, queremos seguir ignorando el presente, pero jurando que conocemos el futuro... Una cosa es cierta: que los ladinós estaban equivocados, y que cuando yo vine al país, ya ellos eran hombres sentenciados. En la lingüística beisbolística, se olvidaron que los indios estaban al bate y que los costales estaban llenos, y que el de ellos sería un home rum. ¡Un home rum!... Pero debo empezar por el principio, a ver si puedo acordarme bien, que los hechos se sucedieron con tanta prisa que apenas si dejaban tiempo para respirar.

Serían las siete y media cuando me fuí a la calle, y tuve la suerte de encontrar un taxi, al cual le pedí que me llevara en rápido recorrido por las garitas de la población. Pero a medida que me alejaba del centro iba mirando —¡por fin!— a los indígenas en pequeños grupos caminando de prisa y con rumbo opuesto al mío, haciendo creer a unos y a otros que efectivamente ya todo se había normalizado. Es verdad que venían sin carga alguna, y, fijándose bien, tampoco traían a sus mujeres ni a sus niños, pues eran grupos exclusivamente de hombres; pero nadie estaba para darle vuelta a los hechos, y aquí el hecho era que se había decidido al fin a volver a ocupar

sus tradicionales puestos en la sociedad; y el hecho se aceptaba sin vuelta de hoja, porque todos queríamos creer en eso. Yo pude notarlos porque mi interés mayor era admirar los cortes y los hüipiles, que ahora brillaban por su ausencia. Observaba también que entre más me acercaba a los suburbios la cantidad de aquéllos era mayor, hasta ser arrolladora en la zona del Guarda Viejo, donde se miraban como enjambres, aunque callados, sin decir oste ni moste, y guardándose como siempre —o tal vez mejor que nunca— de levantar sus ojos del suelo como si temiesen que en ellos le fuesen a leer sus propósitos. De esa gran aglomeración, cuyo número no me atrevo ni a calcular, se desprendían continuamente grupos que avanzaban con mayor prisa en su marcha invasora sobre la ciudad, y que eran los que yo había venido encontrando. Los aviones, por su parte, proseguían en su larga vigilancia y en vuelos rasantes, dejando caer a veces una lluvia de papeles impresos en todas las lenguas nacionales que reproducían el resultado del recuento de votos y la proclama del Congreso, invitándolos por último a retornar al trabajo y demás actividades usuales. Esto me dió la impresión de que aquí seguían tratando de ganarse la voluntad de los indios. ¿Sabía, pues, el gobierno que aún nó se la había ganado? En otras palabras, ¿sospechaba de ellos el gobierno desde en aquella hora? Después de haber visto los aprestos del Palacio, me inclino por una respuesta afirmativa para ambas preguntas.

Cuando la multitud se hizo más densa, dejé el carro en la vecindad y a pie caminé hasta sumergirme en aquel inmenso mar de pañuelos y chamarras coloradas en el cual se veían cientos de policías como perdidos, mirando desorientados y sin saber qué hacer ni qué pensar. En ese momento un ladino se acercó a uno de éstos y nerviosamente le dijo:

—Bueno, ¿qué esperan ustedes? ¿Por qué no disparan de una vez y acaban con todos estos?

Se refería, como bien se entiende, a los naturales entre los cuales estábamos. El agente replicó:

—No tenemos orden para eso, y ellos nada malo están haciendo.

—¿Nada malo? ¿Usted cree que no?

—Pues tal vez, pero es preferible ser víctimas de culpables que victimarios de inocentes.

—¿Inocentes? ¡Hum!...

Pero el policía no le hizo más caso; y cuando yo quise ir a felicitarlo por su brillante respuesta, me acordé que en esta hora es que se dijo que desarmarían al Ejército, en lo cual había perdido interés desde que supe que no permitirían testigos a tal acto. Al recordarlo ahora, no pude menos que preguntarme si esta "invasión" que presenciaba tendría alguna relación con ese desarme. Bien pudiese ser que éstos hubiesen venido para evitar tal cosa. Pero ¿qué podrían hacer? ¿Serían tan simples como para aplicar los métodos que usan en la defensa de sus gramíneas, colocándose aquí a modo de espantapájaros? Sin embargo, ya muchos de ellos se han colado hacia el centro. ¿Serán esos los encargados de la "obra"? En tal caso, me dije, sí que sería interesante aproximarse siquiera un poco a ese escenario.

Volví al taxi, abriéndome paso entre aquella masa policroma que obedecía sin chistar, y le pedí al chofer:

—Vamos al Cuartel principal del Ejército.

—¿Usted quiere decir al cuartel de la Guardia de Honor?

—Usted sabe. Pero ¡pronto!

Encendió el motor y salimos lo más veloz posible entre aquella gente que llenaba las calles, la que volvió a ser densa en las inmediaciones del cuartel, sólo que aquí se trataba de indios exclusivamente, los que se aglomeraban en torno poniéndole cerco. Y a pesar de que no parecía que portasen armas, salvo uno que otro machete, el chofer detuvo su carro una cuadra antes y me dijo:

—Yo no paso entre esos, míster. Puede ser peligroso. Si usted quiere ir hasta allá, váyase solo. Yo aquí lo espero.

A pesar de que en mi interior alentaba parecidos temores, bajé del carro y empecé a caminar hacia el cuartel. Apenas había dado unos pocos pasos cuando el ruido de un balazo seguido de otros y provenientes de ese cuartel me pararon en seco, al par que miraba a los naturales pre-

cipitarse hacia el mismo entre gritos como de guerra, exactamente como si esos tiros hubiesen sido la contraseña, los que pronto desaparecían tras aquellos muros, unos a través de la puerta y otros usando escalas de cuerda.

Retrocedí a rajatablas y salté al carro que en tal momento se daba a la fuga, gritándole al chofer que inmediatamente me llevara al Palacio Nacional, pues tenía interés en ver cómo reaccionaba la crema de los ladinos, y averiguar de paso si esto era un motín aislado y sojuzgable al final, o era que había llegado el término que todos temían. Por otra parte, el hotel me quedaba de ese lado, precisamente a pocas cuadras del palacio, al cual pensé que me sería fácil deslizarme después. Pero el chofer pensaba de otro modo, y, sin quitar el pie del acelerador, me contestó rotundo:

—No usted. Yo ahorita voy a poner a salvo mi carro.

Le puse encima un fajo de billetes —¡Oh el dinero, siempre milagroso!—, y le repetí la orden. Obedeció al momento, y sacándole humo a las llantas cambió de dirección hasta parar con gran chirriar de frenos frente al palacio. Y apenas salté al suelo salió en volandas, sorprendiéndome que no hubiese destripado a tanto ladino que en las calles corrían desordenadamente llenos de pánico y dando clamores, enloquecidos a obtener toda hendidura por donde pudiera filtrarse algún fragmento de indio.

También las puertas de hierro del palacio tenían corridos sus cerrojos y reforzadas por dentro por largas barras de acero que cruzaban diagonales, a través de cuyo enrejado relucían las bayonetas en ristre.

El dueño de una de éstas me preguntó:

—¿ Y usted qué quiere?

—Entrar —le dije—. Tengo una cita con el señor Presidente.

Pero esta mentira —y no hay duda que me volví un mentiroso— no me dió resultado ahora, pues respondió:

—El señor Presidente no recibe ahora a nadie. Y ¡retírese de aquí!

La orden hubiera sido fácil de cumplir si en aquel momento no hubiéramos escuchado, ampliado mil veces por

el eco, un horrísono trepidar de armas automáticas y un retumbar de bombas posiblemente aéreas que procedían de distintos lugares de la población y que tuvieron la virtud de hacer vacío en las calles, como el que causa un gato cayendo de repente en la despensa llena de ratones. Era que se había generalizado el choque entre moros y cristianos, es decir, entre la policía y el Ejército, aunque ignorando si aquellos adjetivos correspondían respectivamente o no. Pero lo que necesitaba entonces no era tanto saber esto, cuanto mejorar la precaria situación en que estaba, pues me veía expuesto a las balas de uno y otro lado cuando la lucha llegase hasta acá. Y ya me parecía que llegaba. Y nunca sentí tan sincero arrepentimiento como el verme ahora metido en tanta negrura de la cual creí no salir jamás, pues no podía resolverme a cruzar aquella calle en la que, por estar desierta, la menor sombra sería visible a cualquier distancia. Y las balas que creía oír las pasar silbando junto a mí, con todo y que en la plaza no se veía un alma. Pero una vez más mi buena estrella hizo que me abriesen la puerta y me invitaran a pasar adelante, lo que hice más que corriendo.

Adentro un oficial me esperaba:

—¿Qué diablos anda haciendo usted? ¿No ve que pronto van a atacar el palacio?

—Disculpe, señor oficial. Yo creía que...

—¿Quién es usted?

—Soy el ingeniero Jorge Johnson, y vine para...

—¿Es periodista?

—No, señor. He venido contratado para instalar en este país la planta de energía nuclear que...

—¡Ah!, sí —y su expresión se suavizó—. Pero ahora ya no queremos eso. Ahora lo que necesitamos es la bomba atómica.

Y, en cumplimiento de su deber se apartó de mí, dejándome sólo. Me ví entonces en libertad de caminar más hacia adentro, con lo que pude advertir que, aunque el número de hombres no era grande, su firme decisión de morir peleando llenaba con creces aquella falta. Además no carecían de buenas armas, viendo allí desde ametralladoras y bombas de mano hasta cañones, estos últimos em-

plazados en las azoteas y demás lugares predominantes; todo lo cual hacía del palacio una verdadera fortaleza; y las piezas que habían sido oficinas ministeriales o salas de espera estaban abarrotadas de vituallas como para resistir un largo sitio. El gobierno, pues, se había preparado con tiempo.

Pero temiendo pecar de indiscreto volví al lugar donde antes había sido interrogado, a tiempo de ver un carro detenerse al pie de la escalinata y salir de él un grupo de indígenas que empezaron a subir ésta con paso ligero. Venían en sus corrientes sandalias de cuero, trayendo sobre sus sacos de jerga sendas chamarras azules y rojas cruzadas sobre el pecho que les daban aspecto de guerreros; al cuello traían sus flamantes pañuelos, y sus comunes sombreros de pita en la cabeza. Sus pantalones eran blancos y el cinturón rojo.

La guardia asestó sus rifles contra ellos, quienes, a pesar de eso, continuaron impertérritos acercándose hasta llegar a la reja. Venían sin armas visibles, y hasta sin lenguas, que a veces éstas también son armas, quedándose mirando cara a cara y en silencio, como dejando a la guarnición la iniciación del diálogo. Lo de admirar en ellos era su arrojo y sangre fría, pues voluntariamente habían venido a ponerse en la boca del lobo, en tanto los rifles seguían apuntándoles al pecho, esperando apenas la voz de: "¡Fuego!". ¡Y aquéllos seguían sin pestañear!... Hasta me pregunté si no vendrían éstos dispuestos a ofrecerse en holocausto para el buen éxito de los suyos.

El mismo oficial de la vez primera se acercó a ellos y les preguntó en seco:

—¿Qué quieren?

Uno de ellos contestó con voz serena:

—Queremos ver al Presidente.

El oficial los quedó mirando, apretados los labios y los ojos chispeantes de ira, en tanto con crispados dedos acariciaba la empuñadura de su espada. Parecía que estaba calculando la distancia para desenvainarla de pronto y atravesar el pecho que se ocultaba tras aquella chamarra; pero no fué así, sino que, dando orden a la guardia de ba-

jar sus rifles, giró sobre sus sonoros tacones y subió con el recado.

Yo respiré, como si el mío hubiese sido el pecho del otro. Estos, en cambio, continuaban impasibles mirando a los cadetes, sin tendencia a bajar los ojos como en otros tiempos, sino que miraban de frente. Los cuatro que formaban el grupo parecían tener no menos de 60 años, de bigotes largos y ralos, y dos de ellos usando anteojos, y, aunque de baja estatura, mostraban, excepcionalmente entre ellos, buenos músculos bajo la piel encallecida y flaca.

La espera se hizo larga, y así la mirada de los cadetes que no apartaban sus ojos de aquéllos, quienes al fin se habían ladeado para quedarse mirando a la calle. En el ínterin, el ruido de los aviones había cesado, pero el de los disparos continuaba con cierta frecuencia y en los cuatro puntos cardinales, aunque sin dar señales de mayor aproximación. Seguramente, pensé, la resistencia latina va cediendo en todos los frentes, y estos hombrecitos han venido a entregar el ultimátum al gobierno. Este, sin duda, lo ha comprendido así, y su tardanza en responder podía deberse a que han entrado a discutir la aceptación o el rechazo del mismo; y aventurado resultado tratar de adivinar si se rendirán a discreción o si decidirán luchar hasta el último cartucho o hasta el último hombre. En caso, sólo me quedaba un consuelo: el saber que no moriría solo, pues sin querer había ligado mi suerte no a la de uno, sino a la de ambos contendientes; y ya hasta me sentía en la tierra de nadie, agitando desesperado mi camisa, como bandera blanca, manchada de sangre. Y un friío desagradable me pasó por el espinazo. Pero pronto me repuse al pensar que los hechos que presenciaba valían la pena de un sacrificio como éste.

Al cabo volvió el oficial, y, abriéndoles la puerta les dijo con visible enojo:

—El señor Presidente los espera.

Una vez adentro y cerrada de nuevo la pesada puerta, fueron registrados hábilmente sin hablarse palabra. Después, dicho oficial los condujo escaleras arriba, llevando ellos en sus manos los sombreros de palma. Yo les

seguí, pasando, como ellos, entre cadetes y cañones, hasta el despacho presidencial. Por el camino ví que los relojes eléctricos del palacio que penden del techo marcaban 15 minutos de retraso con respecto al mío, pero al fijarme noté que era que estaban parados, indicando con ello que en esa hora —12.30— las plantas que dan energía eléctrica a la ciudad habían caído en poder del enemigo, o pasado a otras manos.

Juntos llegamos al despacho en donde había estado apenas 10 días antes en amable charla con el Jefe del Ejecutivo. ¡Quién iba a decir que entonces estábamos en vísperas de un acontecimiento que, contra la opinión suya, yo había creído posible, si bien es verdad que después, a fuerza de seguir oyendo decires ladinos, acabé por perder la fe en mi propio juicio, para quedarme sin creer nada o casi nada de los indios. Una cosa, sí, me llamó entonces la atención, y es que en esa ocasión el presidente manifestó aparentemente ambivalencia hacia los naturales; por un lado, su afirmación de que éstos no son malos, y que él trató por todos los medios de ablandarles la vida; y por otro, su negativa e entregarles el mando en caso que ellos ganaran las elecciones, si no era con la imposición de ciertas condiciones. Pero dije “ambivalencia aparente” porque en el fondo no había tal, pues hoy pude comprender que al haberse referido a aquella imposición de condiciones lo había hecho por la presión que sobre él ejercían todos los suyos. ¿No dijo la señora Rubio, por su parte: “El no se manda solo”? Secreto éste que también era conocido de los indios, juzgando por lo que ví en esta escena de ahora.

El presidente, si bien me miró, pareció no reconocerme. Estaba él tranquilo, y sentado ante su viejo escritorio lleno de papeles, en su mayoría telegramas, rodeado de su gabinete que, por el contrario, mostraba nerviosismo. Presentes también estaban algunos Embajadores y los militares del Estado Mayor; estos últimos, cuyas mesas eran una verdadera mesa revuelta, permanecieron de pie, y así también los indios a los que nadie les ofreció asiento, tal vez porque éstos no lo hubieran aceptado. Yo, arriado a la pared, trataba de pasar inadvertido.

Los indígenas, al entrar, saludaron con un movimiento de cabeza, y, ante la mirada escrutadora del gobernante, uno de ellos, que fué el que llevó la palabra a lo largo de toda la entrevista, dijo con firmeza de virrey y claridad de académico:

—Señor Presidente, puesto que su gobierno ha reconocido oficialmente nuestra innegable mayoría en el país, con el respeto que usted nos merece venimos a pedirle que nos entregue el mando que legalmenté hemos ganado, adelantándole nuestro agradecimiento.

El presidente le contestó con voz sosegada:

—Ustedes muestran tener demasiada prisa. Es verdad que las elecciones las ganaron ustedes, y nadie les está regateando ese triunfo; pero la Constitución de la República determina que el período presidencial es de seis años. Al actual gobierno, que es constitucional, le falta aún tres meses para cumplir su período, y ustedes están obligados a esperar ese pequeño plazo, como buenos ciudadanos.

—Sentimos no estar de acuerdo con el señor Presidente. Las leyes en vigencia fueron establecidas por ladinos, sin haber tomado nunca en cuenta el parecer de nosotros, que éramos también guatemaltecos; por consiguiente...

Y la frase quedó sin concluir porque el mismo oficial que los condujo acá, no pudiendo ahora contenerse, lo derribó de un puñetazo, gesto que pudo creerse fué rubricado por todos los demás militares allí presentes, dado el odio que había en sus miradas puestas en los indios, y la sonrisa que pasó fugaz por sus labios al verlo caer. Pero los civiles nos quedamos paralizados, por la sorpresa, y como en suspenso, aunque creía comprender que ese gesto no era sino el canto del cisne.

El indígena se levantó sin chistar ni mistar, y casi majestuosamente, como si su caída hubiese obedecido a razones de estrategia, recogiendo de paso su chamarra, sombrero y anteojos que habían rodado también; pero tenía más acentuada la palidez del semblante, salvo el pómullo izquierdo, que rápidamente se iba poniendo del color oscuro de su chaqueta. Y sin mirar a ningún otro lado fijó sus ojos, ahora indignados, en los del presidente. Sus Compañeros habían adoptado la postura rígida de las es-

tatuas, o mejor de las estelas, pero no de piedra sino de fuego, pues eso y no otra cosa era lo que escupían por sus almendrados ojos. Y tengo para mí que si ellos hubiesen abandonado su inmovilidad habría sido para vengar a su "hermano" y nada más. Y el silencio que se hizo era tan denso que podía haberse cortado en rebanadas, pese a la tronazón de los disparos que seguían como antes, sólo que ahora nadie tenía oídos para ellos.

El presidente reconvino al oficial, que mantenía sus ojos bajos como arrepentido de haberlo tenido que hacer ante su Comandante; y después, con su misma calma se dirigió al indígena que llevaba la palabra... y el morado...

—Le ruego disculpe este inesperado incidente, igualmente desagradable para mí, y sepa que, como ciudadanos guatemalenses, están todos ustedes obligados a acatar las leyes de la República, a menos de pasar por traidores. Todavía soy el Presidente, y hasta no concluir el período para el cual me eligió el pueblo, no me es lícito entregar el poder a nadie, salvo por decreto expreso del Congreso.

Entonces dijo el indio, hablando en forma impersonal que me confundió:

—El primero de los indios desea explicar al primero de los ladinos, y de una vez por todas, que nadie se opone a que éste siga de presidente en su casa, si tal es su deseo. El control del país lo tenemos nosotros desde hace rato. Todo lo que queremos es que nos desocupe el Palacio ahora mismo.

El indio había hablado, por lo demás, no con el dialecto del "simple", sino con el lenguaje del pobre, el rudo de llamar al pan pan y al vino vino. Pero eso de que el control lo tenían ya ellos me sugirió una idea que me hizo asomarme al balcón y echar una ojeada; y, en efecto, mis temores se confirmaron al ver que de las calles y avenidas afluían incontables indios armas al brazo y en callado tropel, algunos vistiendo uniformes regulares del Ejército, y tomando todas posiciones estratégicas en torno al palacio. Y en las torres de la Catedral y tejados vecinos distinguí algunas bocas negras de armas explosivas y hombres apostados. Por otra parte, el tiroteo distante

iba haciéndose cada vez más y más espacioso, y ya sonaban como los últimos estertores del cisne. Pero el cielo seguía claro como la conciencia de un justo. ¿Sabría todo esto el presidente? ¿Estaría bien enterado de lo que sucedía fuera del palacio? La suerte de éste parecía estar sellada, y juzgué inútil toda lucha por él mismo. Mi primer impulso fué, pues, el de comunicarle a aquél el hallazgo que había hecho, y al volverme ví que uno de los jefes militares, dejando el teléfono que había tomado, se le acercó y, cuadrándose, le dijo:

—Señor Comandante, millares de indios armados están rodeando el Palacio. Si usted lo ordena, nosotros empezamos.

—Y el fuerte de Matamoros, ¿se mantiene?

—Temo que no, excelencia: ya no responde a nuestras llamadas.

—Y ¿qué noticias tiene del Jefe de las Fuerzas Armadas?

—Ninguna, excelencia. Posiblemente lo asesinaron.

El presidente miró al indígena, y éste dijo por vía de explicación:

—Hubo que lamentar esa defunción. El opuso resistencia, y los nuestros no podían retroceder.

El gobernante arrugó el ceño por primera vez, en tanto los militares daban un paso hacia aquellos con los puños y los dientes apretados. El gobernante los detuvo con un gesto, pensando quizá en *alea jacta est*, y habló a los otros con acento duro, señalándolos con el dedo.

—Ustedes han cometido el delito de insubordinación con asesinato, y se han hecho reos de alta traición a la patria.

Quedó un instante callado, y todos pendientes de sus próximas palabras. Después volvió a levantar la cabeza, y prosiguió:

—Podría tomarlos en rehenes a ustedes, pero de poco serviría: esa chusma armada no respetaría nada. Voy a evitar, pues, tal derramamiento de sangre entre hermanos, desocupando el Palacio como me lo piden, pues nuestra nación no debe permanecer más tiempo dividida. Pero debo hacer constar que no he renunciado a la Presidencia,

y que el poder me lo han arrebatado abusando de la libertad y la democracia que les he brindado.

Se puso en pie, y volviéndose a los suyos ablandó la voz para decirles:

—Vámonos.

Y cayó el telón. Con la frente en alto, orgullo póstumo de la clase hasta hoy dominante, el presidente depuesto pasó entre los naturales sin voltearse a mirarlos, seguido de todos los que le acompañábamos. Había caído, pero no ignominiosamente, sino con el valor y la hidalguía de los héroes.

Al pasar, los Embajadores hicieron saber a los bravos hombrecitos que esperarían instrucciones de sus respectivos gobiernos con respecto al reconocimiento oficial del nuevo mandatario.

Salimos del despacho, y en la meseta de la escalera quedamos unos minutos en espera del presidente, digo, del ex-presidente que se había quedado rezagado dando sus últimas órdenes al jefe de su guardia; y en ese ínterin uno de aquellos indios que no habló jamás se adelantó a nosotros bajando primero dichas escaleras. Me apresuré a seguirlo, pensando que algo nuevo iba a ocurrir, aunque sin tener de ello la menor idea. El señor indio llegó a la planta baja y se dirigió al pórtico. Allí pidió que le abriesen la puerta. Los oficiales se miraron unos a otros vacilando; pero no habiendo ninguna orden que se opusiese a tal pedido, le obedecieron abriéndosela. Pronto comprendimos que su objeto no era salir, sino hacer que por ella se precipitaran al interior tan gran cantidad de indios que ya fué imposible volverla a cerrar, y los cadetes se encontraron confundidos y sin saber qué hacer. Estaban prácticamente aprisionados entre paredes de carne y hueso, tan apretadamente que la misma espada era difícil desenvainar. Sin embargo, los indígenas no traían ninguna arma, y eso era lo que desconcertaba más a la guardia, desconcierto que aumentó más aún cuando vieron bajar al Ejecutivo y acompañantes seguidos de su guardia ahora desarmada. Pero habiendo comprendido, ellos también y en silencio se agregaron al grupo.

La indiada se abrió en dos para hacerlos pasar en medio, pero al llegar a la puerta tuvieron que detenerse porque ésta estaba cerrada. ¿Qué pasaba? Todos miramos a los indios buscando la explicación, y los militares hicieron un cerco en torno al ex-gobernante. Del otro lado de la puerta brillaban otra vez los bayonetas, pero ahora caladas en rifles enemigos. Había, pues, razón de esperar lo peor, rodeados como estábamos de indios y a puerta cerrada. Pero todo lo que querían era desarmar a aquellos cadetes que aún permanecían armados, despojándolos incluso de las espadas. Y los buenos soldados juntaron los talones e hincharon el pecho, sin atender la orden india de entregar las armas. Fué necesario que aquellos mismos las tomaran de sus fundas. Entonces nos dejaron salir y volvimos a respirar el aire de la calle contaminado de pólvora. Como los carros oficiales habían pasado a nuevos dueños, proseguimos a pie, custodiados por los gallardos caballeros cadetes.

Todos callábamos, como si al fin hubiese sonado la hora de ir a dejar al muerto. Los cadetes marchaban con sus cabezas erguidas y su orgullo de siempre, pese a que de rabia casi iban llorando. Los otros, los ex-militares de la Plana Mayor, crispado el puño y mordiéndose imperceptible el labio, también iban marcialmente erguidos dando la impresión de ser ellos los jefes de aquel otro ejército armado que llenaba la plaza y al cual lo estuviesen revisando en vísperas de una victoria. Los ex-ministros caminaban cabizbajos y abatidos, aún no salidos de su sorpresa —¡había sido todo tan inesperado!...— y tal vez sintiendo flamear en el pecho la bandera a media asta, y en sus oídos hasta doblar las campanas, con todo y que éstas en aquella hora eran tocadas a arrebato por el delirio de los vencedores que, lejos de tocar marchas fúnebres, cantarían más bien el himno de Rouget de l'Isle: "Allons, enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé..." Pero ya el poeta dijo:

Quien ha usado una corona,
cuando es menos que rey es menos que hombre;

una estrella extinguida, dejando en blanco su lugar en el cielo...

"Y las estrellas cayeron sobre la tierra como la higuera echa sus higos movida de gran viento"... Ciertamente, la puntilla fué tan final como rápida en su ejecución. ¡Buenos cacheteros!... Dicen que en el Africa Central las lluvias se presentan de repente, sin dar siquiera tiempo de teñirse de plomo el azul del cielo. Con esto que voy viendo aquí ya tengo mejor idea de lo que son aquellas lluvias.

Pero para los del séquito aún no había terminado todo. Poco habíamos andado cuando fuimos obligados de nuevo a detenernos. Pensé que ahora sí que se nos había llegado la hora postrera, y me pregunté cuál de aquellos pelotones sería el de nuestro fusilamiento. Pero no era ninguno. Ellos sólo querían al oficial que había golpeado al indio en el palacio, el cual, al verse buscado dió un paso al frente y dijo: "¡Yo fuí!", con énfasis tal que de sobra dió a entender que lo volvería a hacer de colocarse en iguales circunstancias. Así también sus perseguidores, sin miramiento ninguno, allí a pocos pasos le hicieron brutalmente sangrar las narices, ante nuestra impotencia y a la vista de las tiendas de campaña cuyos moradores ladinos miraban asustados y temblando a través de pequeños agujeros hechos en la tela y cuyo temblor transmitían a toda la tienda. Después, consumado el hecho, nos volvieron las espaldas, confiando en que ahora ya no quedaban higos en el palo.

Los ex-militares a duras penas pudieron contenerse, y me parece que de haber siquiera ellos tenido cuchillo se habrían lanzado contra las mismas ametralladoras. Con gesto de muda elocuencia ayudaron a su compañero y amigo a levantarse, y con esta pena más prosiguió el cortejo su marcha que ya tan poco faltaba para ser del todo fúnebre. En el silencio que siguió, que no era silencio, sino furioso repicar de campanas y ensordecedores hurras indígenas, podía oírse en los vencidos el hervor de los pechos irritados al lado del pesado redoblar de la bandera.

Pero, ¿quién había sido el indio a quien éstos vengaban de tal modo? ¿Algún consejero del caudillo? No. ¡El

caudillo mismo y presidente de hoy, Miguel Xirúm Ij! Y, ¡al fin! había conocido al Reformador, al "primero de los indios", pero, ¡en qué condiciones!... ¡Qué verdad encierra el dicho de que donde menos se piensa salta la liebre, sólo que aquí no fué liebre lo que saltó, ni siquiera toro, sino elefante, ¡el elefante blanco! He aquí un Cid de los bravos y a la vez Genio de Genios que, al frotar la lámpara, surgió su gobierno de Aladino...

En la siguiente esquina me despedí de la dolorosa comitiva y caminé hacia el hotel en busca de seguridad en primer término, escribir esta página de mi diario, después, y, por último, meditar sobre ella. Conste que hubiera querido haber seguido en aquel acompañamiento, pero no creí prudente continuar más tiempo a la intemperie, pese a que el tiroteo distante había cesado. Digo, los disparos que debieron ser homicidas, no así estos otros que ininterrumpidamente siguen sonado, o sea los disparos, al aire hechos por grupos de entusiasmados indios que llenan las calles gritando: "¡Viva la Libertad! ¡Abajo los Feudalistas!", como en la Francia de Robespierre. Era éste el río desbordante de la vida en la confluencia de dos eternidades: la Maya y la Cristiana. ¿Podía esperarse otra cosa? Pero por mucha alegría que tal río llevara, yo me sentía en un hilo y con el corazón en un puño, sobresaltándome a cada disparo y a cada grito, si bien revistiéndome de fría indiferencia al pasar entre ellos, aunque nadie intentó ni contra uno de mis cabellos, ni contra las numerosas familias ladinas que con cara de viernes y atestados de bultos salían huyendo con el "Ite, missa est", en todo vehículo de que pudieron echar mano, que menos que vehículos se me antojaban parihuelas, descalabrados y presas de pánico y quién sabe para dónde, como si huyesen del fuego de San Antón. Conquistadores conquistados que tuvieron el golpe no de pecho, que resultaba ya demasiado tarde para actos de contrición, pero sí de gracia. Sin embargo, por lo menos, en mi ruta no vi ninguna huella de sangre en el piso ni vieja ni nueva, presumiendo que nadie quiso seguir el consejo aquél: "Quien no tenga espada, que venda su vestidura y se compre una", quizás porque no hallaron quien compre aquélla ni quien venda ésta.

En el hotel obvio es decir que había gran consternación, y los pocos huéspedes que aún quedaban, pálidos y febriles, tenían ya sus maletas listas para partir. Apenas llegué me abordaron y me acribillaron a preguntas queriendo conocer el último instante de la situación político-militar-vindicativa y, además, saber qué pensaba hacer yo ahora. Pero entre ellos no estaba el señor Raséin. Les conté a la carrera lo que sabía, rogándoles que en lo referente a la última pregunta me esperasen un momento, mientras lo pensaba. Y a grandes pasos subí a mi cuarto a escribir lo más fielmente estas excitantes memorias, las que ellas solas hacen historia, y la más brillante de cuantas historias he visto ni espero volver a ver, God forbid!...

Y ahora, habiéndolo pensado y reflexionado, decido quedarme, pues creo que el peligro ha pasado ya, como fué ya el cruce del Rubicón. Y si de todo esto salí tan bien, justo es que me crea con el yelmo de Mambrino. Por otro lado, la fuga de los ladinos no creo que tenga nada de raro, ni debe de inquietarme. "Todo recién llegado — dicen los árabes— construye una casa, después se aleja y deja a otro su morada". Así es la vida. Sic transit gloria mundi. Nada extraordinario ni cosa de temer hallo en todo esto. ¡Adán!: ¡morirás de muerte porque has pecado!, son palabras bíblicas. ¿Qué maldad hay en su cumplimiento? Por ellas, el aristocrático gobierno ladino cayó en la democrática muerte. Requiescat in pace, May God have mercy on their soul, y, para los otros, ¡sursum corda! Porque, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Mas, ¿quién hará la autopsia de este interfecto? Por de pronto —diagnóstico provisional—: murió de parto (yo adverso la generación espontánea); y la madre no pudo, para parir o morir, haber escogido día mejor: un viernes y del mes de diciembre, un diciembre material y moral de la era ladina... Pues bien. ¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!... Mañana no será más que el recuerdo de un pasado que no habrá más de volver, pero quedándonos el consuelo de poder repetir con Manrique: "¿Qué se hizo el Rey don Juan? Los Infantes de Aragón, ¿qué se fizieron? ¿Qué fué de tanto galán...?"

Y he aquí otro caso demostrativo de que las mayorías siempre acaban por imponerse en el mundo cuando no son destruidas, aunque el proceso a veces sea largo, pero se imponen siempre, y nunca demasiado tarde. Y ¡cómo me alegro de haber sido testigo de tal acontecimiento que significa el orto de una raza: su pase, de improviso y sin transición, del sueño de piedra a la vida inteligente. Su salto de la sima a la cima, del proletariado a la burocracia, del campo a la ciudad, de la barraca al Capitolio, de marineros a capitanes... ¿Qué sucederá ahora? ¿Sabrán llevar la barca a buen puerto, o la harán dolorosamente naufragar? ¿Establecerán el reino de la ley según modelo de la clase antes privilegiada, o seguirán una manufactura propia y original? ¿Será éste recto o de designios tortuosos, por ignorancia o por mala fe? ¿Quién lo sabrá? Su ascensión no calza en modelos conocidos. La juzgo amorfa. ¿Irá a ser también amorfa su pauta de gobierno? ¿Seguirán poniendo en práctica el "ojo por ojo y diente por diente"? ¿Vendrán a darle la razón a la señora Rubio, o la desmentirán generosamente?... En la encrucijada de infinitos, las preguntas se quedan sin respuestas. ¡Cuánto diera por poder leer el futuro, o siquiera el día de mañana! Pero no somos aún sobrehombres, y hemos de conformarnos con seguir siendo lo que somos: simples y míseros mortales.

Hora: 19.00

Desde esta tarde volvió a quedar vacío el hotel con la partida de los últimos huéspedes que ya ni se esperaron a conocer mis futuros planes, conforme me lo habían solicitado; que cuando salí después a darles mi respuesta ya se habían ido. ¿Por qué habrá gente tan cobarde? Pudieron haber esperado hasta ver en qué forma se desenvolvía esto, y obrar con conocimiento de causa, máxime que, según he visto, todo el mundo es libre de irse a la hora que lo desee. ¿Qué prisa había, pues? Y así se habrían enterado que, al anochecer, los ruidos de balazos fueron sustituidos por cataratas de sonidos musicales que llenaron el aire con aliento de vida no sospechado, juntamente con el mons-

truoso repique de la "Chepona" —la campana gigante de Catedral que sólo la tocan en las grandes ocasiones. Aunque cabe preguntarse: ¿y si éstos fueran cantos de sirenas? Pero ¿es posible que al fin venga a desconfiar de estos hombrecitos que siempre creí inofensivos? No veo la razón para que hoy dejen de serlo, que el poder lo han tomado justa y legalmente, como dado por el cielo. ¿Qué se adelantaron en tres meses, según los ladinos? ¡Bah! ¿Qué significan noventa días más o noventa días menos en la eternidad de arriba?... Con todo, me guardaré de salir hasta mañana; y confío en que, con tal júbilo y regocijo, la nueva alborada será mejor... Solamente lamento no poder escuchar, por medio del radio, lo que piensa y dice el mundo con respecto al país, pero la corriente eléctrica está tan débil que apenas logra enrojecer las bujías. Parece que los ladinos, al tomar las de Villadiago, dejaron intencionalmente descompuestas la mayor parte de las plantas hidráulicas que proveen luz y fuerza a la ciudad. Me nos mal que no fueron todas.

P. S.—Al gerente del hotel (don Felipe) lo vi de paso en su oficina, trágicamente desencajado, como si tuviese la sensación de que el mundo chapín —antiguo y moderno, ladino y no ladino— se le escapó al fin bajo sus pies. El mundo que podría llamarse: "Perdido y Encontrado". (He aquí un bonito tema para un cuento). No me le quise acercar por temor de que hablase sollozando. ¡Pobre gerente!

Diciembre 23.

Sábado.

Hora: 8.00.

Es difícil seguir creyendo que tanta música que ya se oye por todas partes, sea apenas canto de sirenas. Debe ser manifestación de una alegría sincera, de un regocijo franco y popular; así como esas explosiones que se suceden tan frecuentes no son ya de armas de fuego, sino de

cohetes y petardos. No debo, pues, seguir pensando como los "blancos", que sólo tienen entusiasmo para escapar, y que por haber absoluta abstinencia en el ingreso de nuevos turistas, hacen que los aviones del servicio internacional se conduzcan como la vajilla en los comedores, que sale sobrecargada de la cocina y regresa a ella vacía.

Pero siendo yo el único huésped, el Gran Hotel se me antoja más grande de lo que pensaron sus arquitectos y más frío de lo que corresponde a la estación, al extremo que me impulsa a ir corriendo a calentarme con el alegre sol de la calle.

Hora: 13.25.

La ciudad está de fiesta, y ¡qué fiesta! Jamás me imaginé que un pueblo que se veía tan triste y reservado llegase a ser de pronto tan comunicativo y alegre, transformado como por arte de magia. Y yo mismo me siento maravillosamente transportado no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, como quien dice de una era a otra, y sin haberme movido de donde estaba. Ha sido como si el mundo, sirviéndose de alguna alfombra mágica, hubiese dado media vuelta en torno mío. ¡Oh transformación la de la ciudad, capital ya de un país de maravillas! Una ciudad que cruje bajo el peso de la alegría, como rama de café bajo el de la áurea fruta. Desde luego, que no se trata de voces de sirenas, sino de los retozos del elefante blanco recién nacido; retozos como no se ven en el mundo vulgar y corriente.

Para empezar por el principio, he de decir que apenas me hube asomado a la calle, comprendí que estaba en presencia de las más animadas y excitantes escenas que he visto. ¡Qué de entusiasmo había, y que de regocijo! Los cielos centelleaban pirotécnicamente, las calles eran tapizadas de harina de fiesta, y de queso de alegría las paredes y hasta las techumbres. Y sobre esas calles pataleaban y no cesa de patalear una enorme y encendida muchedumbre sin mezcla de ladinos, sino exclusivamente de la clase pintoresca, de la clase esencial y simbólica del país, y hoy dominante,

vestidos regionalmente en tan variados y sorprendes estilos y colores que no cabe descripción, si apenas imaginarse puede. Es la pléyade, y también las pléyades, de todas las tribus indígenas concentradas en la más grandes de las batallas y formando tan gran multitud que ningún hombre puede contar, y que cayeron como en cataratas del Niágara, pero de un Niágara sutil, como decir de una Aurora Boreal, exhibiéndose ejemplares de toda su infinita variedad como en haces de arco iris fantásticos, en la misma variedad en que suelen hallarse pájaros o mariposas en los campos o flores en las praderas, dando totalmente a la ciudad, que ya dejó de ser ladina, un aspecto de feria; gigantesca Feria de los Colores...

¡Cómo lamento no ser pintor para pasar al lienzo tantos tintes y matices que casi son inconcebibles, como si se hubiesen excedido de los 17.000 colores diferentes que puede el ojo humano distinguir. Vi hombres vistiendo pantalones blancos de algodón con rayas rojas formando cuadros, la camisa de igual color, el sombrero negro con cintas rojas y amarillas, y a la cintura una faja o banda roja con motivos amarillos y azules anudada adelante y cuyas barbas puntas llegaban hasta el pie, dando todo el conjunto una impresión de altar. En otros, los pantalones blancos son sin rayas, pero encima llevan una chaquetilla roja de mangas largas y con figuras de animales bordadas en colores, y un sombrero jarano de copa baja y redonda ornado también de listones de tres colores (Chajul); o bien el saco es de dril rojo con rayas amarillas y solapa negra (Cotzal). En otros, los calzones blancos rayados en rojo son cortos hasta la rodilla, y llevando encima uno como delantal (rodillera) de jerga a cuadros blanco y negro y chaqueta negra (Joyabal); o bien el "delantal", sin aumentar de altura, circunda al cuerpo a modo de falda y prensado, junto con la camisa roja de rayas amarillas verticales, por una ancha faja o cincho de cuero de vistosa hebilla metálica (Santa Catarina Ixtahuacán). Otros llevan calzones de jerga azul igual que la chaqueta, y la pechera almidonada (Santa Cruz del Quiché). A veces los pantalones blancos de manta presentan un ribete de seda morada en el ruedo, así como las largas mangas de su ca-

misa cuyos bordados en morado se extienden desde el codo hasta el puño, y llevando encima uno como camisón (capixay o capisayo) de rayas rojas verticales en fondo blanco, largas hasta la rodilla con vistosos flecos en su borde posterior, y mangas cortas hasta el codo a modo de mostrar el bordado de la camisa, y prensado todo con el ceñidor, que es rojo y ancho, cuyas puntas que cuelgan atrás y llegan hasta el borde del algodón, presentan figuras bordadas en verde y morado; y, finalmente, un pañuelo rojo anudado a las sienes con las puntas sueltas sobre la nuca, a más del sombrero que es negro (Chuchumecos altenses), habiendo algunos que llevan sobre dicho algodón otro negro de lana (Chamarrudos huehuetecos). Otras veces, encima de los pantalones rayados en blanco y rojo prensado por el cinturón rojo que se anuda atrás, llevan una especie de calzoncillo de lana negro (calzoneta) que consiste en una faja ancha en forma de T cuyo brazo horizontal envuelve la cintura y el vertical, desprendiéndose de atrás, pasa entre ambas piernas para abotonarse adelante y a cada lado en doble hilera de botones blancos que forman una V invertida. Del primero se desprenden además dos como canales que abrazan el muslo sólo por su parte posterior hasta un poco abajo del nivel de la rótula, llevando ojales por donde se pasan cordones para sujetarlo al modo cómo los andaluces se sujetan sus calzones, de suerte que su semejanza con un calzoncillo es a condición de ser visto por detrás. En esta rara pieza los bolsillos (maxtate), que los ladinos llaman "chiloterías", aparecen adelante y entre ambas hileras de botones, además, del morral de variados colores que cuelgan del hombro. Encima de la camisa, que es blanca y de largas mangas, usan una chaqueta negra de lana hasta la cintura, de dos botones, y mangas igualmente largas; anudado al cuello, un pañuelo rojo, y en la cabeza un sombrero de copa baja hecho de pita adornado de plumas de aves teñidas en rojo y azul y con cintas de colores que penden sobre la espalda. Y, por último, el abrigo, que es como un saco largo de lana negro pero cuyas mangas raras veces las usan llevándolas sueltas a lo largo de los brazos. (Todos Santos).

Asimismo habían otros como peces de las profundidades del mar (chichicastecos o maxeños) cuyos calzones cortos y negros de lana presentan a ambos lados unos aditamentos de la misma tela en forma de aletas con la figura de uno o varios soles bordados en seda roja, anaranjada y blanca. La banda o ceñidor es de algodón rojo y con los extremos que anudan adelante bordados en seda de muchos colores y terminados en flecos; la camisa es blanca, y la chaqueta, como el calzón, es de lana negra con figuras de estrellas bordadas en seda roja, dorada y anaranjada, y flecos dorados sobre los hombros a modo de charreteras. En vez de sombrero, llevan una pieza de algodón (zut o zute) de varios colores con figuras de águilas bordadas, en forma semejante a los que usaban los nobles europeos de siglos pasados, y, doblados sobre el hombro, llevan sus ponchos multicolores parecidos a los sarapes mexicanos.

Pero son las mujeres, con todo y lo vistoso de sus maridos, las que sobrepujan en brillantez y colorido. Por regla general (se exceptúan sólo las de Cobán) usan falda sin costura: un corte en el cual se envuelven, cuyo estilo varía: en unas es azul oscuro con rayas blancas verticales y corto hasta la rodilla, el güipil blanco y a veces rojo, de mangas cortas y anchas, y la banda roja (Zunil); en otras hay mayor sencillez, como aquellas metidas en una gran bata blanca de cierre atrás, con bordados de colores y sombreros de pita ornados de cintas y borlas (ceremonial de Xelajú), pero la mayoría son más complicadas.

Algunas se ven imponentes por la sobriedad de su larga y elegante falda azul profundo, un poco más larga atrás para arrastrarla al caminar; el güipil rojo o blanco a rayas con bordados de seda roja, morada o amarilla, el fajón rojo y ancho a la cintura, o un poco más arriba, y el perraje de borlas coloridas al hombro, o doblado sobre la cabeza como si fuese sombrero de cola (Almolonga). En otras, aunque el corte es siempre azul y el güipil rojo, la banda sin fin o refajo es gris con dibujos de muñecos labrados en ella, y cintas de seda policroma en la cabeza terminando en hermosas borlas a los lados (Comitancillo). Algunas llevan en el brazo su abrigo, que no es sino un

camisón blanco de algodón. Otras llevan blusa blanca de seda y bordada en bellos colores, la cual cae libre sobre la falda jaspeada y de vistosos festones, y cuya faja igualmente jaspeada no tiene los extremos colgantes y se llama refajo. Entre éstas se distinguen las de mayor edad porque usan un tocado especial que consiste en un lío largo y grueso de hilos rojos (tupui) con el cual continúan la extensión de sus trenzas hasta alcanzar el borde trasero de su amplia falda. Ora los "cortes" son rojos con figuritas bordadas en variados colores, y el güipil blanco de manga corta bordado en rojo (Chajul); ora el corte es azul jaspeado y de festones vivos, y el güipil azul con rayas anchas verticales y de colores, nutrido de lentejuelas (San Sebastián Reu); ora aquel es negro con dos cintas horizontales en su parte inferior: una roja y otra amarilla, y el güipil a rayas verticales negras y blancas (Totonicapán); o bien el fajón es tan ancho que abarca todo el abdomen, al cual tiñe en rojo (Palín). En otras el corte es blanco con rayas azules horizontales y el güipil rojo con rayas blancas verticales (Tecpán); o bien éste es rojo con mangas cortas y ceñidas, y el corte jaspeado en blanco y negro, con el cinturón de muchos colores, y un paño de lana con figuras de animales raros bordados en él, que llevan sobre la cabeza (Momostenango).

Al lado de las descritas primeramente con el corte azul a la rodilla, se ven otras de corte de igual color y extensión, sólo que con una cruz bordada atrás en oro y anaranjado, y sostenido por un fajón delgado de hilos transversales de todo color, que llaman Paz, con uno de sus extremos bordado en seda de hilos rojos, azules, amarillos, verdes y anaranjados estilizando flores, el cual se anuda adelante, y prensando asimismo al güipil que es de algodón blanco con otra cruz bordada, en cuyo centro sale el cuello. De este centro parten radiaciones bordadas en hilos de seda rojo y anaranjado; y en cada hombro, pecho y espalda y bordadas en estos mismos colores lleva una luna en sus cuatro fases, o bien la figura de un águila bicéfala (maxeñas). Otras parece que saliesen, como la diosa Venus, de un mar a la hora del crepúsculo: que tal resulta el bordado macizo del güipil en rojo, rosa, amarillo

y verde que le cubre pecho y espalda, güipil que cae suelto hasta la rodilla por encima del corte azul, que llega hasta el pie, y todo esto prensado por la banda roja (San Mateo Ixtatán). Y ¿qué decir de estas cuyo corte igualmente largo es amarillo intenso, como el mismo sol? (S. Pedro Sacatepequez). Sin embargo, las más lujosas son unas de falda jaspeada cuyo borde inferior es rematado por un grueso cordón hecho de hilos de seda multicolor; la blusa de seda azul con rosas bordadas en todos los colores, y ceñido todo por un soberbio fajón de seda de 4 pulgadas de ancho y tachonado de bordados de todos colores y rematando en brillantes flecos (S. Cristóbal Totonicapán). Y la lista es infinita, como para escribir un libro. Si resulta difícil describir a todos los hombres, siendo que muchos de ellos visten corrientemente, salvo la corbata que no usan, la dificultad aumenta al pretender describir siquiera la mitad de las mujeres, las que algunas son tan fantásticamente coloridas que debieron haber salido de una imaginación más allá de poetas y pintores, más allá de todo lo terreno; que bien podían rivalizar, no ellas con la faja de Iris, sino la faja de Iris con ellas. ¡Oh lujuriosa fantasía indígena que nada en la naturaleza: ni los lepidópteros, ni las flores, ni los pájaros ni los celentéreos tienen el mosaico de sus mujeres!... Porque además de la policromía de sus trajes, llevan sobre los hombros sus rebozos o perrajes de mil colores, y cintas llamativas en la cabeza cuyos cabellos en trenzas cuelgan unas veces libres atrás rematando en grandes lazos que casi arrastran, y otras veces ceñidas en torno de la cabeza a modo de corona como en las descritas por último, cuyas maravillosas cintas de seda terminan en borlas y largos flecos delante de las orejas; o bien no terminan en moños, en cuyo caso constituye una corona o halo; no así las penúltimas (maxeñas) cuyo par de trenzas cae libre sobre la espalda pero envueltas en apretadas cintas negras hasta hacer de cada una de ellas un sólido cordón, que si se agachan se quedan erectos hacia atrás y arriba.

Pero no brillan sólo por sus cintas ni por sus colores, sino también por sus joyas que usan prolijamente: desde

los aretes, que ora son simples aros metálicos de cobre o plata, ora hilos de seda o lana con monedas ensartadas de plata y oro, hasta las pulseras y anillos de plata, pasando por sus chachales, o sea esos voluminosos y brillantes collares de cuentas de vidrio y monedas de plata —y algunas de oro— intercaladas.

Por si todo esto fuese poco, nadie ahora viene descalzo, ni siquiera en humildes caites, sino bien calzados y lustrosos como son los zapatos nuevos de verdad. Y los hombres pasan con cara de pascua y la locuacidad propia de viajeros de comercio, en incesante parloteo y a vivos gritos como se ve y se oye en cualquier ciudad del Oriente, hablando todos a la vez y sin ser ninguno escuchado por nadie; porque no se trata de entender a los demás, sino de ser entendido; y si tampoco esto es posible, da lo mismo, que cada uno se entiende y eso basta. Y pese a que todavía van pálidos y hasta caminando con andar de reumáticos, pasan como flotando sobre los tejados agitando sombreros y pañuelos al aire y aventando ¡hurras! y ¡vivas! explosivos. Y los más callados pareciera que van diciéndose para su colete: "Si hay un Paraíso en la tierra, es éste, es éste". Ya su vacilante paso de ebrios, ebrios de alegría quizá más que de ron, se agrega divertido este otro característico del que camina calzado por primera vez, de suerte que sus traspies son numerosos; pero ni al caer se quitan el grito de la boca ni la botella de la mano, que no hace falta estar de pie para gritar: "¡Vivan los indígenas!", ni para contestar: "¡Mueran los ladinos!", ahora que llevan la cabeza en alto y con el soporte de la ley, y en el brazo todos los poderes por mandato colectivo del pueblo. Y "las bellas mujeres aprestan coronas de flores"...

Ellas van detrás, si no bellas, embellecidas por el sentimiento de la Libertad, enfundadas en medias de nylon y taconeando en el piso como palillos de aprendizaje en el tambor, no ya con cargas en la cabeza, sino con la policromía de sus listones trenzados al cabello que suplen con creces a las flores; aunque hay excepciones, y algunas pasan con canastas en la cabeza, pero canastas vacías en las que apenas llevan el perraje de múltiples colores cuyos bordes y flecos asoman por los lados, como si para llevar la

cabeza erguida les hiciera falta ponerse eso encima. Y sus ágiles cuerpos parecen trozos animados de cristales irisados, no por los rayos del sol, sino por los de sus múltiples joyas que ya no son de cobre ni de plata vieja, sino de oro y pedrerías deslumbrantes. Riqueza que brotó súbita como palacio de Aladino, milagrosa como Fata Morgana. Ya no son inditas, ni siquiera mujeres aburguesadas o dueñas altivas, sino reinas, y reinas soberanas, y su desfile es un desfile imperial, si no es el desfile de ninfas y ondinas, con la timidez de los ojos bajos. Y ¡qué hermosas se veían, como si el placer de vivir hubiese obrado en ellas, a modo de cirujano plástico, sus mejores operaciones. Realmente sentí no ser poeta para cantarles en la mejor de las lenguas, a ellas y a esas cabecitas de niños que en gorros especiales (zute o coxay) asoman sobre sus hombros sorprendidos, si es que no van dormidos ya por el balanceo airoso de la madre, y que ni los choques y rozamientos logran despertar.

Y la capital del país de maravillas tiembla en las cuatro esquinas. Las calles y parques y plazas se han tornado en vastas pistas de baile, que con marimbas y pitos han sustituido fanfarriás y clarines. Y al son de aquéllas, golpeadas rabiosamente, bailan danzas interminables apenas interrumpidas para cambiar la botella de licor ya vacía, o para dar el pecho al niño cuando llora. Y sorprende cómo en los sobresaltos de la danza no se desprenda y caiga ese niño, que, lejos de eso, sigue durmiendo como si la portadora guardase plena quietud; como también sorprende ver que tales marimbas, sin más que cuatro octavas, sin medios tonos, y algunas con jícaras o ayotes huecos (tecomates) debajo de cada tecla de madera, puedan resonar como resuenan, excediéndose a sí mismas. Es que ahora no son tocadas con las manos del cuerpo, sino con las alas del corazón, como es también con éstas con las que bailan y no con los pies. Por eso su baile es suigéneris: unos con paso corrido y otros de vals, o la mezcla de ambos, que ellos son quienes son y no se parecen a nadie; y si es cierto que muchos bailan abrazados y por parejas, según exige la civilización, los más danzan sueltos frente a frente y sin tocarse: ellos a pequeños brincos, como pul-

saciones de arterias o como figuras de marionetas, llevando sus manos en los bolsillos o cruzadas a la espalda; y ellas con sus brazos caídos a lo largo del cuerpo, y colgando de sus dedos pañuelos de colores con los que se enjugan frecuentemente el sudor que insiste en perlar sus frentes, o bien prenden sus manos a las anchas faldas, recogidoselas, en mudanzas sencillas pero rítmicas y graciosas, con sus ojos discretamente bajos, alzándolos a veces juntamente con sus brazos para contener a sus vecinos, ya que amenazan con molerse unos a otros como en ruedas de gigantesco molino, o para contestar riendo a los gritos de los otros, de aquellos que miran de frente y que con frecuencia levantan aún más la cara para escupir al cielo su estentóreo grito: "¡Vivan los indígenas!", al que un coro de cien mil voces responden con más ¡vivas!, hasta hacer estremecer paredes y tejados, sin importarles que del otro lado de esas paredes, en sus residencias, los ladinos repitan: "¡Sálvese el que pueda!"... Y son la danza y el vino, la risa y la música señores únicos de nuestro caleidoscópico mundo: un mundo de sonidos y de ruidos, de luces y de sombras, de olor de pólvora, de sudor y de agua de Colonia; revuelto y confundido lo nuevo y lo viejo, el norte y el sur, lo de arriba y lo de abajo, en un maremágnum que no se ha visto ni habrá de verse más. Y en la vorágine de la danza y del vino, de los pies y del corazón, ¡cuántos romances se encienden y cuántas citas se conciertan! Todo ello —¡oh sarcasmos de la vida!— al pie de los cartelones de propaganda electoral que los ladinos dejaron pegados a las paredes, los que ahora resultan "matados" de verdad pese a que siguen siendo legibles: "Vote por el Bloque de la Victoria". ¿Qué victoria?

Y este maremágnum no es exclusivo de la capital, ni tampoco del departamento: que desde María Tecún se dilata hasta los litorales de ambos océanos, a través de 22 departamentos y 314 municipios, y girando en torno de las marimbas; las inigualables marimbas colocadas tan cerca unas de otras que forman como puentes de un extremo a otro de la ciudad, de un extremo a otro de la República, entremezclando sus sonidos en loca algarabía y haciendo equivocarse a cualquiera que no sean ellos, que cada grupo